

La Hermenéutica o el diálogo entre la tradición y la innovación en el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano

Hernando Urriago Benítez

Resumen

El presente artículo ofrece un acercamiento a las relaciones que el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano (1861-1957) establece entre la tradición que revisa y la innovación que propone mediante la argumentación hermenéutica, al tiempo que sitúa al ensayista colombiano en el contexto de la analogicidad o también la razón dialógica, derivada tanto de la naturaleza del discurso ensayístico como de la innovación propuesta por Sanín Cano.

Abstract

The present article offers an approach to the relationships that the essayist discourse of Baldomero Sanín Cano (1861-1957) establishes between the tradition which it reviews and the innovation which it proposes through hermeneutic argumentation, while it places the Colombian essayist in the context of analogicity as well as a dialogical and analogical reasoning, derived as much from the nature of the essayist discourse as the innovation proposed by Sanín Cano.

Resumo

O presente artigo oferece uma aproximação às relações que o discurso ensaístico de Baldomero Sanín Cano (1861-1957) estabelece entre a tradição que revisa e a inovação que propõe mediante a argumentação hermenêutica, ao mesmo tempo que coloca o ensaísta colombiano no contexto da analogicidade ou também da razão dialógica, derivada tanto da natureza do discurso ensaístico como da inovação proposta por Sanín Cano.

Palabras claves

Hermenéutica
Teoría del ensayo
Discurso ensayístico
Baldomero Sanín Cano

Key Words

Hermeneutical
Theory of the essay
Discurso essayist
Baldomero Sanín Cano

Palavra chave

Hermenêutica
Teoria do Ensaio
Discurso ensaístico
Baldomero Sanín Cano

La tarea del ensayo es tan antigua como la tarea de interpretación, y ésta tan antigua como el lenguaje mismo, así como el ensayista es un especialista, “el especialista de la interpretación”.

Liliana Weinberg. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno.*

Una de las tareas de la hermenéutica analógica es, entre otras, la interpretación como acto hermenéutico que fluctúa entre la tradición y la innovación¹, ésta última preservada de la arbitrariedad y del equivocismo gracias a la argumentación hermenéutica. Pues bien: situados

¹ A propósito de la tensión entre la tradición y la innovación en hermenéutica, Mauricio Beuchot dice: “Interpretamos desde un marco teórico, desde un marco conceptual, este marco es la tradición a la que pertenecemos, nuestra tradición hermenéutica. Ya al interpretar algo pasado desde el punto de vista actual aun sea desde nuestra tradición—, no se está haciendo una repetición sino que hay una innovación, consistente en aplicarlo a nuestro tiempo”. Mauricio Beuchot. *Hermenéutica analógica. Aplicaciones en América Latina*, EL BÚHO, Bogotá, D. C., 2003, P. 71.

frente a la literatura, encontramos que uno de sus géneros, el ensayo o el discurso ensayístico, cumple a cabalidad con aquel acto analógico, dado que él mismo, por el hecho de ser “literatura de ideas” —recordemos que el ensayista mexicano Alfonso Reyes le llamó “el centauro de los géneros”, precisamente por su faceta híbrida, a caballo entre ciencia (filosofía) y literatura—, tiene como propósito la revelación de una nueva lectura (problemática) del mundo; lectura que no es otra cosa que una interpretación sustentada con base en la argumentación hermenéutica².

El ensayista colombiano Baldomero Sanín Cano³ nació para la historia

² El ensayo —del latín “exagium” o “acto de pesar” y, por extensión, examen, prueba, tentativa, confrontación —, que nace como género literario en 1580, gracias a Michel de Montaigne, es conocido como el discurso híbrido por excelencia, producto de filosofía y literatura, o, como afirma Eduardo Nicol en “Ensayo sobre el ensayo”, “casi literatura y casi filosofía”. En el mismo sentido, Alfonso Reyes en *El deslinde* lo define como un “género mixto, centauro de los géneros”, que “responde a la variedad de la cultura moderna, más múltiple que armónica”. Es, en consecuencia, el discurso mestizo y, como tal, una entidad analógica, fronteriza, ubicada, ciertamente, en los límites de la tradición a la que se debe y a la cual trasciende. Es pertinente recordar, además, que el ensayo como género nació en medio de unas condiciones que hicieron posible tanto su aparición como su constante imitación, lo que permite hablar de la tradición de Montaigne. El ensayo tiene, desde luego, algunas formas precursoras (el diálogo socrático y la carta abierta son dos de las más importantes), pero fue en el Renacimiento cuando encontró las condiciones antropológicas, culturales, sociales e ideológicas adecuadas para expresarse como género crítico en tiempos de crisis. Cfr. Alfonso Reyes. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. FCE, 1983, p. 50; Eduardo Nicol. “Ensayo sobre el ensayo”. En: *El problema de la filosofía hispánica*. Madrid: Tecnos, 1961, 206-214 pp.; José Luis Gómez-Martínez. *Teoría del ensayo*. UNAM, México, 1992; John Skirius (Comp.). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. 3ª ed. FCE, México, 1994.

³ Baldomero Sanín Cano nació en Rionegro, Antioquia, el 27 de junio de 1861. Murió en Bogotá, el 12 de mayo de 1957, después de casi setenta años de pleno magisterio ensayístico. Es conocido como el primer ensayista en Colombia, a pesar de que la tradición del ensayo en el país arranca realmente en la Colonia. La obra de Sanín Cano, además de extensa, indaga, a través de una excelente “prosa en libertad”, los problemas sociales, políticos, históricos y culturales de Colombia y del mundo vividos entre 1885 y 1955. Algunas de las respuestas aparecen en libros como *La civilización manual y otros ensayos* (1925), *Indagaciones e imágenes* (1926), *Ensayos* (1942), *De mi vida y otras vidas* (1949) y *El humanismo y el progreso del hombre* (1955). Desde luego que su radio de acción también abarcó el arte, la lengua y la literatura, de lo cual dio cuenta en *Crítica y arte* (1932), *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934) y *Letras colombianas* (1944). Sanín Cano es asociado a la crítica literaria modernista que desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX colonizó en Hispanoamérica los periódicos a través de la crónica, el ensayo y el artículo literario, con el fin de divulgar las transformaciones literarias experimentadas en la modernización de las letras continentales. De esta manera, Sanín Cano fundó *La Sanción*, en 1888, periódico efímero desde el que examinó juiciosamente la poesía de Rafael Núñez; escribió en *El Telegrama* y en *El Relator*, y creó al lado de Max Grillo la *Revista Contemporánea*, en 1904. En 1909 viajó a Europa, desde

intelectual de Colombia en 1888, cuando fundó *La Sanción*, un periódico efímero en el que publicó bajo el seudónimo “Brake” el ensayo “Núñez, poeta”, texto considerado fundacional en la crítica literaria modernista. El periódico, de vida efímera, surgió en el contexto de la Regeneración implantada por los conservadores Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro. Recordemos que en 1886 este largo período político había promulgado para la República de Colombia una Constitución que tendría vigencia centenaria; un año después, el Concordato había trazado las coordenadas sociales, morales, culturales y educativas de la nación, en detrimento de las ideas liberales que aún latían en algunos sectores del federalismo y del liberalismo radical, que subyace en los orígenes políticos de Sanín Cano. Tras una y muchas guerras; después de la resolución de las contradicciones a través del hacha y del machete en un país que se preciaba de tener los mejores oradores y latinistas de Hispanoamérica; luego de sentenciar el curso de la historia de Colombia mediante periódicos que eran fundados casi para silenciar a otros, promulgadores de “ideas extrañas”, decimos, nuestra cultura quedó destinada a moverse entre el univocismo recalcitrante y el equivocismo amañado. En ambos casos, los sujetos desconocieron las bondades de la alteridad y proclamaron, exclusivos y excluyentes: ¡o mi credo religioso, o mi color político, o mi partido, o mi gente, o mi tendencia estética... o la muerte!

Contra ese sino trágico luchó sin proponérselo Sanín Cano. Lo encontramos resguardado bajo la sombra del seudónimo (“Brake” en inglés significa “freno” o “frenar”), en medio de unas condiciones en las que hasta las sombras y los silencios eran tutelados por las autoridades regeneracionistas. Años más tarde, cuando revise la historia de la prensa durante aquellos tiempos, pero también al doblar la esquina tras la cual han quedado gobiernos civiles dictatoriales, incomprendidos y univo-

donde colaboró en *La Nación* de Buenos Aires y en periódicos europeos. Regresó esporádicamente a Colombia, publicó algunos de sus libros en Bogotá y se hizo editorialista de *El Tiempo*, así como ensayista de la revista *Universidad* que dirigía Germán Arciniegas. Pasados los años fue Rector de la Universidad del Cauca y de la Universidad de América, hasta que murió en Bogotá víctima de un síncope. Parte de sus ensayos puede leerse en las antologías *Escritos* (1977) y *El oficio de lector* (1987), preparadas y prologadas por el poeta y ensayista Juan Gustavo Cobo Borda. En el presente trabajo seguimos la primera de las antologías. Cfr. Baldomero Sanín Cano. *Escritos*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1977.

cismos irreductibles en todos los campos (tanto del poder como de la cultura), dirá en su ensayo-memoria *De mi vida y otras vidas*, publicado en 1949:

Uno de los rasgos de nuestro carácter, que sirve de obstáculo a la obra de la persuasión y de la tolerancia, es la tenacidad con que el individuo se apega a determinadas preocupaciones, mantenidas por la creencia de que las palabras pueden sobreponerse a los hechos y aun hacerlos desaparecer. Con frecuencia se ve terminar una discusión entre dos sujetos de mente exaltada y escasa de iluminación natural, con las palabras “sí” y “no”, lanzadas de uno a otro individuo para sostener contrarios puntos de vista (Sanín Cano, 1977: 481).

Es curioso, pero esto lo escribió antes de 1948, fecha que algunos señalan de forma equívoca e ingenua como el punto de origen de La Violencia en Colombia. Si esto existe, debe serlo como período histórico, mas no como verdad antropológica en la ontología del ser colombiano. Pero quizá esa exacerbación de los procedimientos violentos venga de más atrás; tal vez tenga su anclaje en la actitud univocista-genocida de la cultura española. De ella heredamos, intuye Sanín Cano, esa “solución de continuidad” (1977: 521) que aparece cuando la incapacidad para resolver las diferencias a través del diálogo conduce a la prolongación *ad infinitum* de los procedimientos violentos con los cuales se pretende reducir al otro.

Frente a la literatura y su crítica, nuestro ensayista también procuró situarse entre el univocismo y el equivocismo para hallar el punto analógico que otros soslayaron con vendas ideológicas o partidistas que les impidieron mirar otros caminos interpretativos. Sanín Cano estudió *al otro* casi en su estado de pureza, leyéndolo en su idioma raizal y apropiándose de su voz para encontrar una expresión propia que no cayese en los peligros de la “autenticidad”, pero que tampoco negase el grado relativo de “originalidad” que todo pronunciamiento ensayístico tiene. Comprendió algo de su ontología americana en Europa, donde criticó la estrechez de miras con la que eran juzgados los escritores hispanoamericanos. Pidió que ese desconocimiento de los poetas y narradores fuese superado en la misma América Hispánica, en la que las naciones empezaban a tener

un distanciamiento intelectual absoluto, perjudicial en grado sumo para el conocimiento interactivo de las literaturas producidas en México, Argentina, Venezuela o Colombia.

En “Porvenir del castellano”, uno de los ensayos del libro *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*, de 1934, dice: “El hombre ha de tener opiniones intangibles: tratemos de que sean pocas” (1977: 316). Con esto respondía, en particular, al radicalismo hispanista de Juan Valera, el crítico literario español, quien parecía llamar insensatos a quienes no pensarán como él; pero también hablaba, en general, de aquellos juicios que afirman la raíz univocista del pensamiento, pero que dejan de ser univocistas porque al ponerlas en relación con otros, es decir, en diálogo con la comunidad total de sentido, cobran significación para cada uno de los intérpretes del círculo hermenéutico. No obstante, juicios y opiniones pueden ser controvertidos desde el medio analógico. Sanín Cano logra hacerlo en ese mismo ensayo, cuando reconoce la utilidad de los académicos en la regulación del idioma, *pero* también opta por aceptar que es el pueblo el *mayor* depositario de la lengua.

Sanín Cano procuró hacer una nueva lectura de su contexto desde la *phrónesis* o aquella sabiduría práctica y prudencial propia de todo hermenauta analógico. Por lo demás, el escepticismo radical que muchos le atribuyen es simplemente una cualidad añadida en el acto pragmático de la lectura. La verdad es que Sanín Cano fue leal a su pensamiento crítico, pero también reconoció que detrás de él había otros pensamientos precursores, de alguna manera, de su discurso ensayístico.

Recordemos, en este sentido, que la relación entre tradición e innovación en hermenéutica nace de la polémica filosófica entre el asombro (fundamental en Aristóteles) ante el conocimiento y la moderación prudencial (*phrónesis*) para divulgarlo como nueva interpretación hallada mediante un ejercicio de intelección que incluso está cercano a la creatividad. En todo caso, interpretar significa contextualizar el texto, y la atención al contexto tanto del habla (autor o destinador) como del escucha (lector o destinatario) determina en gran medida el acto de la lectura.

Situados, pues, en el medio analógico, somos lectores expuestos a un pasado o una tradición de sentido que el texto evoca como contexto de su producción significativa, y a un presente o una posibilidad de innovación

semántica gracias a la aplicación de aquel texto en el contexto de su lectura significativa.

También es cierto que toda interpretación se da desde la vida del intérprete. Pero éste se halla sujeto a una tradición susceptible de ser leída, reinterpretada y trascendida. Cuando esto sucede hablamos de innovación, que llega después de un conocimiento de sí mismo como intérprete y de la tradición en la que estamos situados. El intérprete innova porque en su voluntad hermenéutica laten dos posibilidades: la “posibilidad de traducir” y la “posibilidad de compartir significados y modos de vida” (Beuchot, 2003: 78). De ahí que se diga que la hermenéutica analógica está entre la racionalidad y la creatividad, entre la tradición y la innovación, entre la palabra y el silencio fecundo. De ahí también que el hermeneuta sea una especie de anfibio o de ser fronterizo cuyo propósito es postular la innovación desde el acatamiento de los límites que le otorga la analogicidad o la “proporcionalidad benefactora” (Beuchot, 2003: 79).

Encontramos, en este orden de ideas, que el ensayo es un acto de hermenéutica analógica porque postula y argumenta una o varias innovaciones en relación con las interpretaciones canónicas que dan vida a una o varias tradiciones. Gracias a la lógica analógica, el ensayista es, como su discurso, un ser mestizo, híbrido, fronterizo, cuya travesía por la intuición y la justificación le otorga la “clarividencia de lo análogo”, es decir, la facultad de advertir, predecir o profetizar un camino interpretativo intermedio e imprevisto o no visto (Beuchot, 2003: 82), o una verdad a futuro mediante el diálogo donde se diluyen los extremos disonantes.

Sanín Cano conversó con su tradición lingüística, literaria y cultural para innovarla y trascenderla. Ya en “El espíritu nuevo y las universidades”, texto de 1903, el ensayista reconoce la vigencia de la tradición en un espacio textual en el que problematiza la situación de la universidad (Cambridge, Oxford, La Sorbona y Boloña) en el contexto moderno, cuando su reforma, además de inminente, es imperativa. Ha dicho: “La tradición forma parte de las condiciones escenciales (sic) de la existencia” (1977: 181). Sin embargo, en una digresión alrededor de este concepto, encuentra el sendero posible hacia la innovación de la que hablamos. ¿Qué hacer con la tradición en un mundo que exige transformaciones

casi de ruptura radical con ella? Sanín Cano renuncia al otro imperativo de la *tabula rasa*, y sostiene que respecto a la tradición hay que “canalizar sus influencias sobre el futuro, apoyarse en ella para proceder como si no existiera” (*Ibidem*).

Uno de sus primeros cuestionamientos a la tradición emana de la problematización lingüística de las culturas clásica e hispánica en relación con el latín y el castellano, respectivamente. Lo vimos cuando revisamos los conceptos de “Porvenir del castellano”, ensayo teórico y de interpretación en el que el tema siempre actual de la lengua española cobra vigor en un momento en el que los académicos creían que el idioma estaba condenado a desaparecer en medio del dialogismo que empezó a vivir con mayor fuerza en Hispanoamérica. El ensayista defiende la diversidad de las hablas que garantizan la transformación positiva del castellano. No obstante, recupera la conciencia de la tradición y de paso entrega su esperanza en el socialismo, creando una sugestiva analogía: el socialismo es al devenir de la historia como el castellano diverso lo es al devenir de la lengua:

Lo que hay es que cada época está contenida en la que le precede y calienta en su seno los gérmenes de la que le sigue. El hombre del Renacimiento tenía la herencia irrenunciable de la Edad Media; en el hombre moderno todavía combaten estos dos elementos. Me imagino que de aquí a dos siglos, cuando un profesor de historia se ponga a señalar el momento en que cesó el reinado del capital y empezó el régimen en que el trabajo le pertenece al que lo ejecuta, este profesor se asirá al suceso más tumultuoso que medie entre las dos maneras de organizar el mundo económicamente. El mundo se está haciendo socialista a la vista de todos (1977: 324-325).

El asunto que interesa aquí apuesta más a la manera como el ensayista concibe el diálogo con la tradición, que al hecho de que él tuviera cierta convicción política o una denodada fe en la utopía socialista —que fracasó quizá porque al final se convirtió en una nueva forma de univocismo económico, político, social y cultural—. Desde esta visión analógica de mundo observó el devenir de la lengua, de la literatura y de la vida cotidiana que le tocó en suerte a lo largo de casi ochenta años de historia intelectual.

En relación con su tradición literaria, Sanín Cano dialoga con el hispanismo defendido a ultranza por Valera y Menéndez y Pelayo —a quienes conoce bien—, superándolos desde los préstamos literarios que hace de críticos “exóticos” como Hipólito Taine, James Fitzmaurice-Kelly y George Brandes. En “De cómo se modifican las lenguas”, ensayo contenido en *Divagaciones filológicas...*, a la vez que hace un balance del castellano hablado en América, critica la “pobreza vocabular” de los gramáticos y exalta la renovación de la literatura española en América ocurrida en el a finales del siglo XIX. Entonces, aplicando de nuevo el criterio analógico de la tradición-innovación, confirma lo que harto sabemos hoy, después de muchos estudios literarios: el castellano adquirió personalidad en nuestro continente gracias al impulso creativo de los poetas y prosistas del Modernismo, que innovaron su tradición desde la lectura de otras tradiciones, especialmente de la francesa fundada por Rimbaud, Baudelaire y Verleine : “Los escritores empezaron a perderle el miedo al galicismo; se desentendieron *un tanto* del diccionario de la Real Academia y se *atreveron a usar palabras* tomadas del francés, del italiano y del inglés, y a conformándolas, no a la manera en que se usaban en otras lenguas, sino *adaptándolas a la índole de la nuestra*” (1977: 331).

Notemos que en Sanín Cano hay conciencia de un distanciamiento relativo (*un tanto*) en relación con la tradición que antecede a dichos escritores. La renovación, ejecutada después de un acto creativo osado, se da así mismo tras un ejercicio de traducción hermenéutica (tomando las palabras y *adaptándolas a la índole nuestra*) que enriquece la tradición que le sirve de marco conceptual al ensayista y a los propios Modernistas. Esa tradición es la de la lengua y la literatura españolas inventadas en plena Edad Media.

En el acto innovador, los modernistas, ahora vistos por Sanín Cano, cayeron a veces en la imitación pura, olvidando las mediaciones culturales que hay entre todo escritor y su tradición. Por eso en “De lo exótico”, texto incluido igualmente en *Divagaciones filológicas...*, dice que “las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento”, pero critica el afrancesamiento estrecho de Rubén Darío y propone con Nietzsche una estrategia de innovación analógica: “Hay

necesidad, como dijo el filósofo inmisericorde, de reevaluar todos los valores. Prepararnos para tamaña empresa es uno de los oficios que ha de llenar, sin precipitación, el estudio de las literaturas extranjeras” (1977: 346).

Llega a esto, valga decirlo, porque el pensador literario está situado en el vasto espacio reflexivo del ensayo, donde “vienen a cuento” ideas y argumentos que sirven para reforzar el tema tratado. Antes ha escrito: “Los valores éticos se van alterando. Es preciso ir haciendo una revisión de ellos a medida que las ideas cambian”, criticando el univocismo positivista de la ciencia: “Parte del malestar que se siente hoy por donde quiera, nace de que ciertas conclusiones de la ciencia se han impuesto brutalmente en la vida, al paso que el código de los valores morales sigue siendo el mismo, el que corresponde a otra visión del mundo y a otra etapa de los conocimientos”.

En este diálogo entre tradición e innovación, la lengua, la literatura y la cultura van de la mano. En *Ensayos*, en *Letras colombianas* y en algunos de los “Textos no recogidos en libro” que aparecen en *Escritos*, esta tríada es convocada bien porque el ensayista reflexiona sobre un asunto literario, bien porque trata un tema antropológico-cultural que le lleva a reflexionar sobre la literatura hispanoamericana o colombiana, o bien porque es consciente como ensayista de la mirada universal que le acompaña en el acto hermenéutico de entregarle una inteligibilidad nueva al mundo.

Es así como en “Juan de Dios Uribe” declara que éste —llamado el “Indio”, por aquello de los estudios etnográficos de su padre, Juan de Dios Restrepo— es el primer escritor político de Colombia, crítico refinado además, y el mayor representante de la “investiva justa y resonante” (1977: 367). Antes de hablar de sus luchas liberales y del testimonio que Uribe da de Jorge Isaacs en su memorable descripción de la Batalla de Los Chancos, Sanín Cano parte de la vida y la obra del escritor para revisar el contexto que le tocó vivir y cómo su vida fue ejemplo relativo de analogicidad entre la tradición y la innovación:

Vino a la vida de la razón y del combate social en un momento de la historia colombiana especialmente digno de estudio y de memoria por

haberse señalado con el choque violento de las creencias, exacerbadas por el clero, contra las opiniones de los hombres imbuidos en la necesidad de analizarlo todo, que señalaban en otra banda derroteros a las inteligencias capaces de entenderlos (1977: 368).

De otro lado, en *Letras colombianas* destaca cómo en su momento Guillermo Valencia desafió las opiniones monolíticas, recuperó expresiones abandonadas, bebió de las fuentes antiguas y clásicas, atendió sin exageración las solicitudes de los románticos y admiró a los parnasianos para encontrar el medio analógico modernista que Sanín Cano sitúa así:

Es modernista con hondo sentido de las innovaciones propuestas por la escuela. Es clásico porque reconoce los valores eternos que se encierran en esa inviolable tradición; es romántico por la fuerza y riqueza de la expresión sentimental y pertenece a la renovación modernista por la nota personal que añade al concepto de poesía, por el talento con que escoge la palabra ingenua y la circunda de nuevo valor expresivo (1977: 433).

Esto hizo de la poesía de Valencia, según Sanín Cano, una expresión lírica “profundamente humana, típicamente suya y generosamente universal”. Como quien dice, subjetiva y dialógica.

En relación con su tradición ética y cultural, Sanín Cano también fue analógico. Lo muestra en “Evolución social de la mujer”, magistral ensayo de 1927, cuando al revisar la historia afirma que América es, a diferencia de lo que muchos creen —apoyados en las historias de sangre de la cultura masculina europea— un continente femenino. ¿Por qué? En un argumento que hoy puede causar sonrisas, dice que los primeros hombres que vinieron a América lo hicieron solos, sin mujeres, y emprendieron las jornadas de la conquista solos, desamparados, lo que hizo que en ellos naciese “una nueva manera de ver y comprender el verdadero símbolo de la especie humana” (1977: 632). De ahí que afirme: “La civilización americana es, por tanto, femenina, en contraste con la europea, y estas comarcas, escasamente pobladas por gentes a quienes impulsa un espíritu nuevo están más cerca del destino y escuchan más fácilmente y con aguda comprensión las intimaciones perentorias del tiempo y de la eternidad” (*Ibidem*).

La argumentación hermenéutica hace que la innovación no caiga ni en el libertinaje ni en la arbitrariedad de la interpretación. El ensayista, como el hermeneuta, debe persuadir y convencer al auditorio de las hipótesis interpretativas enunciadas en respuesta a sus preguntas hermenéuticas (¿qué significa este texto?, ¿qué quiere decir?, ¿qué me dice a mí? Y ¿qué dice ahora?). La argumentación hermenéutica surge, entonces, como un razonamiento abductivo y conjetural sobre los sentidos dados para llegar a una nueva experiencia de sentido de la que se hace partícipe al lector en el círculo hermenéutico o en la comunidad de intérpretes.

En “Porvenir del castellano”, por ejemplo, Sanín Cano advierte que ha llegado a la violencia interpretativa cuando dice que la lengua hablada en la actualidad es similar pero diferente de la lengua proferida por el hombre de Cro-Magnon; justifica la afirmación aclarando que “esta manera extrema de generalizar un concepto, yo la ofrezco a los que se sienten desazonados con la idea triste de que vaya el español tan rollizo, tan abundante y generoso que estamos hablando a partirse en nuevos y más flamantes idiomas” (1977: 323). Logra entonces el medio analógico oponiendo un juicio extremo a una idea más aún más extrema por lo apocalíptica en relación con el destino de la lengua española. Igual reflexión hace en “De lo exótico”, al aceptar que es motivo de “misericordia intelectual” replegarse en una corriente literaria nueva sin distanciarse de sus presupuestos. Ello, como bien vimos en su momento, representa para Sanín Cano un rasgo inherente a los espíritus violentos y estrechos de pensamiento.

En tanto que heredero de la tradición de Montaigne, Sanín Cano fue en nuestro medio el primer ensayista que logró situarse como hermeneuta analógico frente a su tradición con el fin de innovarla mediante el diálogo y la traducción hermenéuticas propias del especialista de la interpretación.

En conclusión, Baldomero Sanín Cano fue el primer ensayista moderno en Colombia. También uno de los primeros en la fundación del acto de interpretación analógica de su realidad desde el discurso ensayístico. Quizá el primer ensayista análogo, y como tal, “escrúpulo de la conciencia social”, como afirma Beuchot, es decir, la piedrecilla —eso quiere decir *scrupulum*— de escándalo pero también la piedra angular,

de cimiento o fundamento para las nuevas generaciones de escritores, intelectuales y ensayistas colombianos. Sanín Cano es paradigmático en muchos sentidos, pero sobre todo porque no fue ni nacionalista, ni americanista, ni hispanóphobo, ni universalista sino simplemente un ensayista que desde su discurso enseñó a pensar nuestra cultura de una manera más plural, incluyente y democrática, tal y como le corresponde a la larga tradición de Montaigne.

Bibliografía

- Beuchot, Mauricio. *Hermenéutica analógica. Aplicaciones en América Latina*. EL BÚHO, Bogotá, D. C., 2003.
- Gómez-Martínez, José Luis. *Teoría del ensayo*, UNAM, México, 1992.
- Nicol, Eduardo. “Ensayo sobre el ensayo”. En *El problema de la filosofía hispánica*, Tecnos, Madrid, 1961.
- Alfonso Reyes, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, FCE, México, 1983.
- Sanín Cano, Baldomero, *Escritos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- John Skirius (Comp.). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. 3ª ed. FCE, México, 1994.

Hernando Urriago Benítez

Cali, 1974. Profesor Asistente de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana con Tesis *Suma Cum Laude*: “Baldomero Sanín Cano: hermenéutica analógica y ensayo en Colombia”. Orienta el Seminario-Taller de Teorías Literarias, el Seminario-Taller de Ensayística y el Taller de Escritura de Ensayos de la Escuela de Estudios Literarios de Univalle. Es editor del periódico *La Palabra* y autor de los libros *Esplendor de la ceniza* (2004), *La tradición de Montaigne: Historia, Teoría y Práctica del discurso ensayístico* (2005), *Caligrafías del asombro* (2006) y *Hacia el signo del centauro: aproximaciones al discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano* (2007). Ha publicado poemas, artículos y ensayos en las revistas *Poligramas*, *Deriva*, *Luna nueva*, *Clave* y *Gaceta Dominical* de El País. Correo electrónico: herubenit@hotmail.com

Recibido en: 27/03/2007

Aprobado en: 16/04/2007